

DE BUENAS LETRAS

Felipe Romero

ARCADIO ORTEGA

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Cuando el presidente de esta Academia me dijo que me había incluido en los carteles para el acto que se iba a celebrar en memoria del escritor Felipe Romero Olmedo, homenaje tan sentido como procedente, y quizás algo tardío, me pregunté de inmediato qué podía decir yo de persona tan singular, qué podía aportar para su conocimiento y divulgación, aparte de transmitir mi cariño y el recuerdo entrañable a un amigo que se fue tan pronto, y con el que departí tantas inquietudes comunes.

Entonces recordé 'Love Story', aquella película de 1970, escrita por Erich Segal, basada en su propio best-seller, que fue dirigida por Arthur Hiller, considerada una de las obras más románticas de todos los tiempos, y de las más vistas en aquella década, después de haber pasado por novela que, pese a ser intrascendente, fue de las más leídas, incluso en España –aunque aquí con deficiente traducción–, tal vez por contar un hecho sencillo y que casi podía ocurrirle a cualquiera.

Al empezar la cinta –supongo que todo el

que la haya visto o leído la recuerda– el protagonista, joven, ejecutivo, dinámico, licenciado por Harvard, sentado en las gradas de una pista de hielo, donde ellos patinaron muchas veces, abatido, y en profunda soledad, reflexiona: «¿Qué se puede decir de una muchacha de veinticinco años que murió? Que era hermosa. Y terriblemente inteligente. Que adoraba a Mozart y a Bach. Y a los Beatles. Y a mí».

Rememoré, entonces, nuestros encuentros, los de Felipe Romero y míos, evoqué momentos emotivos que vivimos en común, y me dispuse a hacer una relación de palabras definitorias, de frases comprensibles, claras y cortas, que fueran guion para hablar sobre mi amigo, como desarrollo de su historia y de su personalidad, visto desde mi óptica, parcial y apasionada, no cabe duda, pero leal y real, con el sosiego que da la distancia y la objetividad que impone el rigor asumido.

Y fui escribiendo renglón a renglón, con mesura y sin prisa, paladeando las palabras, hasta acabar el folio. Entonces leí de seguido aquella relación espigada por entre los recuer-

dos como síntesis y epígrafes para un retrato, y aprecié que tenía visos de poema, «En memoria de Felipe Romero». Y esta es mi aportación a homenaje tan merecido y tan encomiable, tan digno de perpetuarse en efemérides trascendentes en que evoquemos al amigo que dejó un hueco entre nosotros.

Ah, y no he tenido en cuenta el empecinamiento de Felipe por transformar, a la baja, el aniversario del día de la Toma de Granada por las fuerzas cristianas, porque a mí, personalmente, nunca me lo comentó, pese a nuestras continuas charlas, de toda índole, interrumpidas solo por las circunstancias.

En memoria de Felipe Romero

Era alto y fornido. Incombustible. /Tenía en la sonrisa la precisión del sabio, /el verbo sosegado, la retranca, /la historia inabarcable de Granada, /todo un fuerte bagaje. Y la palabra. // Llamaba a cada cosa por su nombre, /acrisolaba esencias de otros mundos /que vivió en el silencio de las noches /de 'El segundo hijo del mercader de sedas', /que me iba transmitiendo a la mañana /en el café Alhambra de Antonio Bernina, /mientras tomábamos las tortas cordobesas. // Era un buen abogado, /un hombre de contraste y de coloquio, /de trato y de convenio, de conocer al hombre /en la distancia de una mesa de encuentro, /su trabajo. // Valoraba las cosas de la vida, /el amor, la razón, los desvaríos /de San Juan de la Cruz, /y es el caso /que entraría seguro en la Academia /con un libro tan solo bajo el brazo. // Yo lo tengo en recuerdo, y en cariño, /como el fiel caballero que se perdió en un sueño.